

Los desafíos de las ciencias sociales, hoy

1.
El primer desafío consiste en preguntarse qué es la ciencia y qué son las ciencias a fines del siglo XX. Pero no sólo eso. Es necesario preguntarse si debemos pensar en las ciencias sociales vinculadas a otras ciencias del hombre y de la naturaleza.

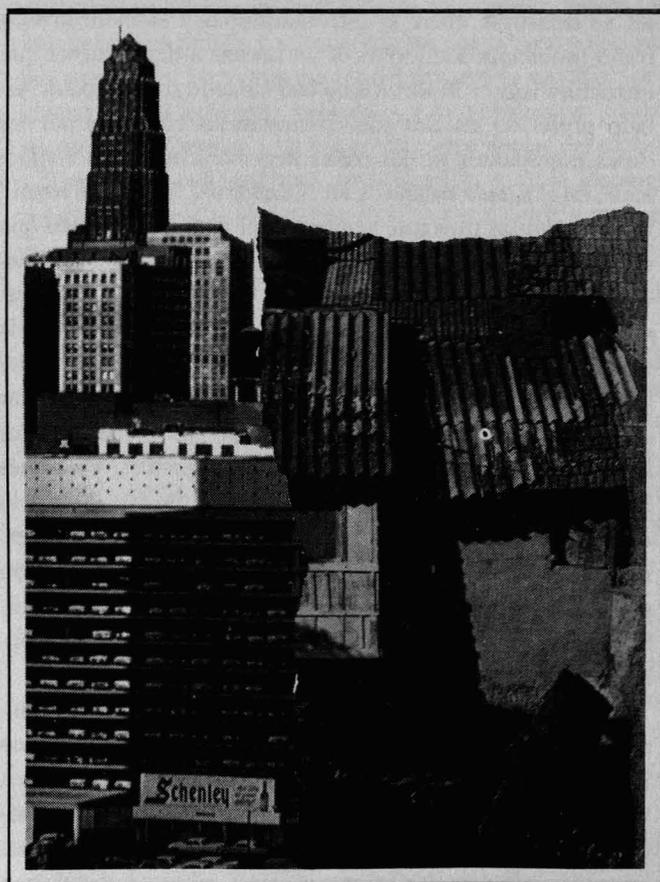
El gran movimiento de unificación de la ciencia y del conocimiento no puede ser ignorado. Hasta para encontrar las diferencias de las ciencias del hombre respecto a las de la vida o a las de la materia, necesitamos precisar cuál es ese nuevo movimiento, en qué consiste; qué implicaciones tiene para nuestra concepción de lo humano como relativamente distinto de lo biológico y lo físico. Qué implicaciones tiene desde el punto de vista del método, de la historia, de la fenomenología.

2.
El segundo desafío consiste en preguntarnos si la división del trabajo intelectual y los esfuerzos interdisciplinarios se mantiene y subsiste. Parece cada vez más evidente que son insuficientes incluso los esfuerzos comprensivos, que desde su origen profesional incluyeron varias disciplinas en una sola. Es el caso de la sociología. En su connotación más amplia, la sociología fue y es una disciplina que estudia "los fenómenos sociales totales" como gustaba decir Georges Gurwitsch en sus clases de la Sorbona. Pero, ¿los estudia con la profundidad, con la capacidad de síntesis y análisis que corresponde a la teoría general de los sistemas en su estado actual?

Hoy se plantea una nueva división del trabajo intelectual que es una especie de matriz de problemas y disciplinas con varias incidencias permanentes que dan algo así como nuevas ciencias: ciencias de la producción, ciencias del medio ambiente, ciencias culturales, ciencias de las organizaciones complejas, ciencias de las turbulencias. Desentrañar las nuevas divisiones del trabajo intelectual es básico para la educación, para la investigación y la difusión de una nueva cultura. No se trata de formar sabelotodos o de abandonar las especialidades. Se trata de replantearnos la cultura general hoy, y el conocimiento especializado que hoy corresponde a las nuevas *unidades epistémicas*. Se trata incluso de ver si las viejas profesiones —de abogados, historiadores, antropólogos, politólogos, sociólogos— no deben también cambiar por lo menos una buena parte de su *currículum*. Se trata de pensar para las nuevas es-

pecialidades que queda y qué cambia de nuestra cultura humanística, literaria y científica, histórica y política. Es más, hay disciplinas que probablemente deban rehacerse casi del todo, como la economía, la administración pública, la politología, la propia sociología.

3.
Un tercer desafío nos aclara más este problema. Debemos reconocer que hay nuevos paradigmas del conocimiento social y cultural. Al mismo tiempo hay nuevos paradigmas de la sociedad y el Estado, unos dominantes, otros emergentes. En el terreno del conocimiento, el paradigma hoy dominante ha dado un espacio considerable a los números y a los grados, a la comunicación y a la organización. En sus manifestaciones más agresivas ha combinado los nuevos conocimientos con los de una historia y una política conservadoras de muy alto nivel.



En las organizaciones sociales dominantes –de las grandes empresas y los círculos de poder– a la experiencia práctica de los *managers* se añade su preparación académica moderna y clásica, y su experiencia en los negocios económicos y también en los políticos. Las ciencias y la tecnología, con los legados de la sabiduría intelectual, han jugado un creciente papel para la toma de *decisiones informadas*. Por supuesto la información se hace de acuerdo con el interés de quienes toman las decisiones. Pero aun la conciencia del interés de las *élites* ha cambiado, en tanto el desarrollo de su lógica combinatoria y una experimentación sistémica han mostrado que para la preservación del sistema es de sabios respetar algunas mediaciones, algunas autonomías y oposiciones.

El cambio de paradigmas del conocimiento social y cultural se ha dado también en quienes buscan alternativas frente a algunas estructuras del sistema y, eventualmente (en un futuro todavía muy nebuloso) frente al propio sistema. Para muchos, la idea de que *la praxis* es superior a la experimentación tiene que ceder frente a la necesaria combinación de una y otra, y frente a una cultura de la *experimentación con diálogo plural*. Es más, el paradigma de una teoría y un método tiene que ceder a un pluralismo necesario y paradigmático que no sólo sea “original en las copias” sino en los originales.

En las hipótesis de la alternativa, la búsqueda de una sociedad mejor no puede darle al Estado la importancia que le dio respecto a la sociedad civil. Como disciplina, la economía se enfrentará una y mil veces a lo imposible si pretende restaurar algo parecido a Keynes o al desprestigiado socialismo real. Precisamente por eso los economistas tendrán que plantear sus disciplinas en términos más políticos que estructurales, monetaristas, o puramente técnicos. Hoy, a muchos economistas se les ve debatirse entre el estructuralismo y el monetarismo como problemas semi-técnicos sin acertar a darse cuenta que estructuralismo y monetarismo han contado con el tipo de Estado preferido en distintas circunstancias históricas por las clases dominantes de los países hegemónicos. En el *Welfare State*, en el *Estado mínimo*, y en el *Estado del “socialismo irreal”* los economistas nunca se plantearon el problema político que significa un Estado democráticamente controlado por la sociedad civil, en que ésta, a su vez, esté controlada democráticamente por la mayoría; un Estado en que tenga el poder la mayoría de la sociedad civil. El problema –o parte del problema– para los politólogos, y en general para los especialistas en ciencias sociales, es que si en el siglo XIX los académicos incluyeron sus disciplinas en las ciencias morales, y después hasta se les olvidó incluirlas en ellas, hoy el problema no sólo consiste en plantearse que las ciencias políticas sean morales, sino en postular que las verdaderas ciencias morales, o son políticas o son pura “moralina” como diría Mario Benedetti. Si la política tiene que ser moral, la moral tiene que ser política.

La situación se vuelve más dura cuando se advierte la necesidad de dominar a las tecnologías en el terreno epistemológico y en el democrático, y de hacer efectiva la democracia *hasta* en la vida cotidiana. Hoy, ni el más tradicionalista de los politólogos resistente al cambio –o de los sociólogos, o de los economistas– puede dejar de tener una cierta cultura matemática e

informática, y ninguno puede tampoco plantearse la alternativa democrática tan sólo en el sistema político. La alternativa democrática surge en la vida cotidiana como *autopoiesis* de miles de millones de familias, individuos y organizaciones, en lucha por la sobrevivencia y por una vida mejor. Cualquier alternativa que no repare en este hecho histórico, y universal, aún más claro en América Latina, no comprenderá la esencia de la historia emergente. Tampoco podrá percibir que el nuevo discurso y sus elementos conceptuales y retóricos no van a satisfacer la demanda económica si no enseñan a pensar a las mayorías, a los radioescuchas, a los televidentes, a los vecinos del barrio, a los manifestantes o asambleístas, a las unidades de base, a los grupos familiares.

4.

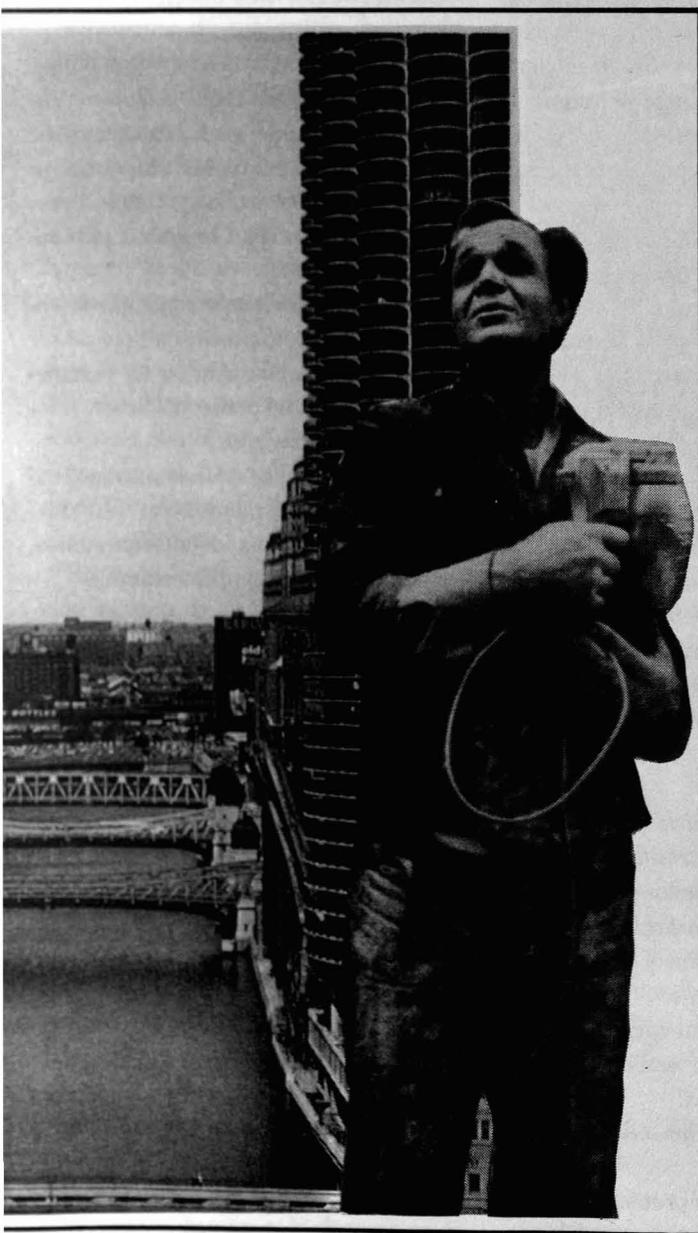
El desafío de juntar el pensamiento crítico con los análisis técnicos y las investigaciones científicas, y unos y otras con el discurso claro y la voluntad política, va a darse en la lucha por una democracia global. El discurso no sólo tendrá que ir más allá de la democracia como mera expresión del sistema polí-



tico para llegar a la vida cotidiana, ni sólo tendrá que hablar de la democracia como política, cultura y poder sino que, con la democracia, habrá de replantear el problema de la justicia social frente a las injusticias del mercado, y el de la soberanía nacional frente a las intervenciones, al estilo colonial, de las grandes potencias. Es más, el discurso de la democracia tendrá que dar un lugar primordial a la sobrevivencia de *la especie*, frente a la destrucción creciente de los recursos humanos y naturales, y frente a la nueva pérdida de libertades en un mundo que recuperó las conculcadas por el socialismo real, para sólo acentuar las miserias de la inmensa mayoría de una humanidad excluida, marginada y explotada.

5.

En torno a la democracia también, las ciencias sociales tienen el desafío de la educación. Por un lado está el desafío de dar mejor educación para pensar y hacer a un número cada vez mayor de seres humanos. Por otro, el desafío de reorganizar nuestras propias universidades e instituciones de cultura superior para que enfrenten este mundo cambiante en la ciencia,



en las tecnologías y en las propias humanidades que van tras una nueva civilización, con una proporción altísima de universitarios en los países más avanzados.

El problema de la educación no podrá tocarse a fondo si no se estudian los modelos alternativos para un modelo global de desarrollo económico y social de las naciones, en que domine la sociedad civil y en que el poder de ésta regule al mercado para imprimir la justicia social con eliminación persistente de la pobreza y de la extrema pobreza, eliminación que no implique un igualitarismo absoluto, elemental, peligroso para el funcionamiento de sistemas complejos.

Trabajar en modelos económico-sociales de desarrollo a nivel global –y nacional–, y buscar los que permitan más y mejor educación, es esencial para el nuevo proyecto “civilizatorio” en el mundo y en México. Pensar en esos modelos y luchar por ellos es esencial también para que la modernización de las universidades no se convierta en su desmantelamiento. Resulta fundamental (pienso en todos los países, y de una manera más inmediata en el nuestro), que trabajemos duramente en los escenarios del futuro nacional y de las universidades de la nación; en las universidades como organizaciones complejas, autónomas, con unidades descentralizadas, que dispongan de autonomía dentro de la autonomía, y que con la nueva organización esclarezcan los nuevos paradigmas epistémicos y sociales, y recreen, en nuestro tiempo, la vieja obsesión de un humanismo que integre ciencias y humanidades.

6.

Aún esos desafíos de las ciencias sociales son incompletos. Pensando en América Latina y otros continentes del Sur se nos plantean problemas prioritarios, urgentes: de soberanía de nuestros pueblos y naciones frente a las nuevas formas de intervención y tiranía, con concreciones del proyecto nacional que piensen en las nuevas pautas del desarrollo mundial; problemas de las reformas probables y la revolución posible aunque tal vez remota y tal vez pacífica; problemas del partido y la coalición; del programa social flexible, y de la ideología, sin dogmas; de la contradicción interna reconocida y que respeta a las unidades plurales; de las avanzadas que sustituyen a vanguardias paternalistas y manipuladoras; de las pedagogías para pensar y hacer; de las teologías que toman la opción de los pobres, y de *gobiernos-de-pueblos* con poderes democráticos equilibrados, federales, municipales, étnicos y de otras minorías que integren una nueva mayoría y una sociedad en que los representantes rindan cuentas a los representados, y en que los representados participen del poder necesario para hacer efectivo el nombramiento y la destitución de quienes quieran que los representen o dejen de representarlos.

7.

Todas estas tareas parecerían superiores a nuestras fuerzas si en los centros académicos en que trabajamos o en los movimientos sociales y políticos en que luchamos, no hiciéramos un gran movimiento para trabajar con el máximo rigor y entusiasmo en la creación de unas ciencias sociales capaces de entender y orientar las acciones del hombre con fe pero sin dogmas. ◇